

# La página viva

## Blaise Cendrars descubre al colibrí

José de la Colina

*Al salir del mar después de haber nadado con mi solo brazo izquierdo, al pisar por primera vez la ardiente arena en aquella torrencialmente soleada playa de Guarujá, uno de los muchos paraísos de la tan varia tierra brasileña, quedé de pronto inmóvil, parpadeante, maravillado como ante una fiesta súbita que, a mí, sólo a mí, regalaba la frondosa y salvaje vegetación que rodeaba a la playa como para devorarla. Descubrí a un colibrí que volaba con alas a tal punto vertiginosas que apenas se las veía vibrar, alas que eran, a ambos lados del cuerpecillo, como dos infatigables hélices, y la avecita, ¡un diminuto helicóptero animal!, se inmovilizaba en el vuelo ante cada flor de un tallo sobrecargado de cápsulas color fucsia brotado del corazón de una cactácea, y libaba allí y luego volvía a trazar invisibles triángulos y rectángulos en su pequeño espacio de elección, de un lado a otro y viceversa, del norte al sur y viceversa, del este al oeste y viceversa, manteniéndose en el aire ante cada una de las flores, violando la intimidad de las corolas sin posarse en ellas, sin herirlas, graciosamente evitando los picos, los filos, las ganchudas espinas, y pasando y repasando como una afiladora eléctrica, acá y allá, zumbando siempre como un liliputiense avión de caza en picada, como una bala de revólver, como un átomo en fusión, como una idea deslumbrante que danzara en un feliz insomnio.*

—Blaise Cendrars, *Trop c'est trop*,  
Denoël, París, 1957,  
traducción de Silvestre Lanza.

\*\*\*

Blaise Cendrars (La Chaux-de-Fonds, Neuchâtel, Suiza, primero de septiembre de 1887-París, 21 de enero de 1961) escribió



Blaise Cendrars

una enorme obra narrativa y lírica que (según diría su declarado discípulo Henry Miller) es “un centelleante fluir verbal dedicado al archipiélago del insomnio”. En *Diez poemas elásticos*, *Hojas de ruta*, *En el corazón del mundo* y más de cien libros, reunió piezas en verso libre que son instantáneas verbales de sus viajes por el planeta: por Francia o Alemania o Rusia o China o Brasil o Estados Unidos... y por donde sea, aunque para retornar siempre a París, su “vientre del mundo”. Pero el Cendrars fascinante, al que releo como escuchando música y leyendo caminos, paisajes, ciudades, décadas, hombres y mujeres anónimos o extravagantes, es el de sus libros en prosa: *Moravagine*, *Las confesiones de Dan Yack*, *Barloventear*, *El hombre fulminado*, *El cielo en lotes*, *Una noche en la selva*, *Vuelo a vela*, *En el ejército inglés*, *LLévame al fin del mundo*, etcétera. Son libros que mezclan los géneros: el reportaje, la crónica, la autobiografía, las memorias, la novela, el comentario

bibliográfico... y lo que sea, con tal de satisfacer la inmensa gana de *proseizar* como se respira. Su escritura acoge y baraja los testimonios de los cinco sentidos, se desata en bifurcados o confluentes ríos narrativos, en largos periodos pululantes de incisos, en miles de páginas que excluyen el punto y seguido y el punto y aparte para, frecuentemente, delegar la respiración sintáctica a la sola coma en una prosa libre y voraz a la que acuden los datos de la memoria viva. Como en esta página sobre el colibrí, como en casi todas sus páginas, la desenvuelta y gozosa escritura “madrepórica” de Cendrars crece acogiendo un intrincado torrente de recuerdos, de anécdotas, de datos sensoriales, de imágenes, de reflexiones oportunas e inoportunas. Prosa ante todo narrativa y descriptiva, de una gran virtud de *presentización*, escrita como al azar en una lengua culta y viva, espontánea y en frecuentes largos fraseos que, se diría, aspiran a abolir el punto final.

“La escritura —decía Cendrars— es un incendio que abarca un gran motín de ideas y hace arder asociaciones de imágenes antes de reducirlas a brasas crepitantes y a cenizas. Pero si la llama desata la alerta, la espontaneidad del fuego sigue siendo misteriosa. Escribir es arder vivo y es renacer entre las cenizas”.

Por algo se había sobrenombrado Blaise, que recuerda *braise*, es decir “brasa”, y se había sobreapellidado Cendrars, que recuerda *cendres*, “cenizas”, es decir: memoria del fuego.

[Compárese este colibrí descubierto por Cendrars en el siglo xx, con el descubierto por otro europeo en el siglo xix: Maximiliano de Habsburgo: “Max admira al colibrí”, *Revista de la Universidad de México*, número 63, mayo de 2009]. **u**